

011. Miércoles de Ceniza B.

¡Ya estamos en Cuaresma! Y hoy, Miércoles de Ceniza, la comenzamos todos con un rito penitencial que atrae verdaderas multitudes a las iglesias. En nuestras tierras americanas se ven los templos abarrotados de gentes que, en hileras devotas, se acercan al sacerdote para recibir en sus frentes la austera ceniza, mientras escuchan las palabras bíblicas que a cada uno dicta el ministro de Dios:

- *¡Conviértete, y cree en el Evangelio!... Y no olvides de que eres polvo y en polvo te has de convertir.*

La verdad es que un rito tan grave como la imposición de la ceniza tiene un poder fascinante

Nos recuerda de un modo muy vivo la sentencia que Dios pronunció sobre nosotros al encararse con Adán el pecador:

- *¡Morirás! Y volverás al polvo del que fuiste formado... Sin embargo, al enfrentarnos así con la muerte, no sentimos miedo, sino una dócil resignación ante la voluntad divina.*

Por otra parte, viene Jesús a decirnos con palabra fuerte, pero bondadosa:

- *¡Conviértete! ¡Vuélvete a tu Dios! No te apegues demasiado a las cosas de la tierra, porque tu vocación es el Cielo. Yo te traigo la Buena Noticia, el Evangelio, la salvación. ¡Créeme a mí, que no te vas a equivocar! El enemigo te quiere seducir. ¡No le hagas caso! Solamente yo te digo la verdad. El mundo pasa, mientras que yo soy el mismo hoy que ayer y siempre. Mi Evangelio es eterno... ¿Por qué no me haces caso de una vez?...*

Cuando hoy meditamos en nuestros templos estas expresiones del Señor, no solamente no nos causan miedo, sino que sentimos el alma inundada de paz.

Y si queremos ajustar nuestro espíritu al espíritu de la Iglesia, sabemos que hoy comenzamos un tiempo de penitencia, de austeridad, de renuncia, de sacrificio. Queremos imitar a Jesús que se retira al monte para ayunar durante cuarenta días largos y duros.

De esta manera, aprendemos a valorar nuestra vida a la luz de Dios. Nos damos cuenta de que no estamos hechos para este mundo, sino para otro más feliz y duradero.

Y al ver cómo hemos sido tantas veces infieles a Dios y cómo tantas veces nos hemos desviado del recto camino de nuestra vocación cristiana, queremos dar marcha atrás y rectificamos nuestra manera de pensar y de actuar.

Teniendo a Jesucristo delante de los ojos —porque Jesucristo es el ejemplar que hemos de reproducir en nuestras vidas—, notamos la diferencia enorme que existe entre el modelo y las copias. A lo largo del año hemos vivido tal vez muy alegremente, y ahora nos llega el momento de la reflexión. Durante cuarenta días nos vamos a familiarizar más con Jesucristo en el misterio de su pasión y de su cruz, conformando con Él nuestra condición de peregrinos, para disfrutar mejor después la dicha de la Resurrección.

La Cuaresma se nos ofrece así como la gran ocasión anual para renovar nuestra vida cristiana, a la vez que nos ofrece la oportunidad para dar al mundo el testimonio de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Si tomamos con seriedad la Cuaresma, nuestra vida cambiará en estos días.

Nos daremos con asiduidad durante ella a la oración, aunque a veces nos aburra.

Practicaremos la penitencia, aunque no nos guste.

Nos entregaremos al amor fraterno, aunque nos exija salir de nuestro egoísmo para darnos a los demás.

Nos privaremos de diversiones que ni van ni vienen y nos hacen mucho más mal que bien.

Restauraremos con los Sacramentos la vida de Dios, amortiguada tal vez en nuestras almas.

Participaremos en las celebraciones del culto, colaborando al mantenimiento de la fe en el pueblo.

Haremos todas estas cosas y otras muchas más para manifestar nuestro amor a Jesucristo, que muere por nosotros, y para renovarnos en la vida bautismal, que nos compromete tan seriamente.

Todo esto lo nota el mundo, cuando nos ve actuar así en la Cuaresma, y se pregunta inquieto:

- *¿Quiénes están acertados, ellos o nosotros? Si ellos hacen lo que hizo Jesucristo durante aquellos días austeros del monte y nosotros lo que nos divierte y aleja de Dios, ¿quiénes tienen la razón y quiénes se equivocan?...*

El mundo que se aleja de Dios no volverá a Dios por discursos elocuentes de los predicadores.

Volverá sólo por el testimonio de los creyentes. Por el testimonio nuestro, si se lo sabemos dar vigoroso en estos días cuaresmales sobre todo.

La ceniza que hoy tomamos sobre nuestras frentes nos recuerda la fugacidad de la vida.

Esto es cierto. Si la vida pasa tan pronto, ¿para qué apegarnos a lo que tenemos que dejar forzosamente un día?...

Pero esta visión de la vida, por muy real que sea, no nos satisface. Porque no somos ni masoquistas que nos complacemos en el dolor, ni somos sembradores de pesimismo.

Miramos las cosas desde un punto de vista muy diferente, y lo que nos importa es conformar nuestra vida con la del Señor Jesucristo. Un día lo contemplamos chiquito en Belén, y estallamos en alegría incontenible. Otro día estamos con Él en una boda de Caná, y disfrutamos la felicidad de la vida. Otro día lo seguimos por los caminos de Galilea, y nos encantamos con sus enseñanzas...

Hoy, nos toca seguirlo en su penitencia durante cuarenta días, y no lo queremos dejar solo. Nos tiene a su lado, sumidos como Él en la oración y castigando voluntariamente nuestro cuerpo para colaborar con Jesús en la salvación del mundo. La penitencia cristiana tiene entonces un sentido muy *positivo*, como nos gusta decir hoy. Es, nada menos, que instrumento de la salvación...

